

# LA MER, LA MAISON

Dos espacios que hablan de lugares dan cabida en este espacioso hogar; bueno, puede que sean más si contamos con lo desconocido.

Un anciano se encuentra con el pasado, y aquel niño se imagina el por venir. Dos piezas fundamentales si queremos rozar el presente.

La caja con ventanas estira el tiempo, de esta forma tenemos la suspensión casi absoluta del contar; pero que no os engañe, las esquinas se llenan de polvo.

Ahora veo al niño asomar por la puerta de la cocina, en silencio, con cierto temor a ser descubierto por su abuelo, que lee el periódico en la mesa dispuesta hacia la pared. El niño triunfal coge la última pieza de su puzzle y se la lleva a su pequeña guarida, donde nadie le ve.

El anciano dolorido por la escasa luz de lectura, deja el periódico y contempla por un rato; o puede que más, la extrañeza que le produce súbitamente aquella estancia. Tan desconocida de repente, tan vacía de memoria...

Al volver en sí se da cuenta de la situación en su verdadera magnitud; cuerpo inerte en una sala sin objetos. /imagen 1 Y comienza a hilar y los ruidos y los golpes y los pequeños pasos descalzos por las frías baldosas de la cocina... Se pone en pie, con esfuerzo, del único mueble que queda en aquel frío espacio y se encamina hacia la puerta que da al jardín.

El niño con el sombrero puesto, es un vaquero. Tiene que rescatar a su gata del calabozo en el que la tienen presa unos malvados forasteros. Por eso necesita un plan./imagen 2

Mientras congeniaba un plan en su cabaña secreta, no oyó la aproximación enemiga. Los pasos, aunque para el niño invisibles e insonoros, se iban acercando cada vez con más precisión. Unos ojos asomaron por el espacio de la estantería puesta como pared de separación entre habitaciones en aquella pequeña cabaña de objetos robados. Unos ojos nuevos, como imanes hicieron sentir la presencia de algo inquietante, lo que quitaba al niño la seguridad que tanto exploraba. Unos ojos azules le

sobresaltaron, el lugar se llenó de sensaciones y emociones, un recuerdo floreció.

Aquello ojos se desvanecieron corriendo, como la imagen fugaz de un cartero. El niño se hace con el pasado.

En su búsqueda del invierno, con sus ya pesados huesos, el abuelo se encontró con las huellas y los resquicios del saqueo, las fue siguiendo hasta el gran árbol que custodiaba su hogar: un roble, el Roble Viudo. El gran recuerdo, su felicidad y su enfermedad. Todo el roble era ella.

Allá avistó el microondas y las estanterías, el frigorífico y la vajilla heredada, todo ello ubicado en un pequeño hueco que se abría dentro del árbol.

El niño de lejos se acercó corriendo. Se fundieron como dos lugares encontrados en un mar de lágrimas.